

SAN JORGE, EL DRAGÓN Y LA PRINCESA

Capítulo I. El descubrimiento de un cuadro

1

Había una vez un niño imaginativo y fantasioso que se llamaba Jorge.

Jorge era feliz: se sentía querido por sus padres, vivía en una ciudad bulliciosa y siempre había estudiado en el mismo colegio, donde tenía buenos amigos. Como él era el jefe de su pandilla, decidía lo que hacían al juntarse, y lo que más le gustaba era jugar a los guerreros antiguos: personajes heroicos que entablaban imaginarias batallas con enemigos fabulosos, a los que siempre vencían.

Pero seis meses después de que Jorge cumpliera nueve años, sus padres murieron en un accidente de tráfico, y su único tío y padrino lo acogió. El padrino, que también se llamaba Jorge, vivía en la parroquia de Soesto, a las afueras de Caramiñal, un pueblo costero con un puerto abrigado y muchas fábricas de conservas de pescado. Su casa, de tres plantas, con fachada a una carretera y trasera a una finca extendida hasta un muro de piedra más allá del cual había una playa agreste, se encontraba entre dos rías, amplias y profundas, en un lugar abierto al mar.

El padrino de Jorge no tenía hijos, era capitán de la marina mercante y navegaba nueve meses al año en grandes petroleros, así que, en realidad, Jorge pasó a vivir solo con su tía: una mujer enfermiza, miedosa y triste.

Jorge iba y venía al colegio en un autobús escolar porque su nueva casa quedaba a cinco kilómetros de distancia. La tía no dejaba

que su sobrino fuera solo al pueblo, pero, como ella tampoco iba allí con frecuencia, Jorge apenas lo pisaba fuera de los días de clase. Así, a él le resultaba difícil hacer nuevos amigos, y pasó el primer invierno, largo e inclemente, entregado a juegos y fantasías solitarios en la finca y la playa, sus grandes compañeras.

Jorge había nacido un 23 de abril, día de san Jorge, y cuando cumplió diez años recibió una muy madrugadora llamada de su tío a través de radio teléfono. Él estaba en el Golfo Pérsico, y tras felicitar al ahijado, le dijo que fuera a un armario del desván de la casa, cogiera un gran paquete envuelto en papel verde y volviera hasta el recibidor, donde estaba el teléfono, para abrir allí el regalo y decirle al padrino si le gustaba lo que le había dejado antes de partir para su singladura.

De entrada, Jorge se sintió decepcionado: en el paquete había una gran lámina enmarcada de un cuadro en el que se veía a san Jorge hiriendo a un Dragón en presencia de una Princesa.

—Nuestro patrón era un héroe —informaba ilusionado el tío desde el Golfo Pérsico.

Pero, además, en una caja de cartón había una armadura de plástico gris parecida a la que llevaba el san Jorge del cuadro, con yelmo, peto, hombreras, guardabrazos, codales, brazales, manoplas, guanteletes, musleras, rodilleras, grebas y escarpes.

¡También había una espada!, y, al verla, Jorge se sintió por fin alegre y aliviado.

—¿Te gusta? —preguntó el tío expectante.

—Muchísimo —respondió Jorge lleno de entusiasmo—. ¡Gracias, padrino!

Mientras desayunaba aún en pijama, Jorge observó al santo del cuadro que montaba un caballo blanco y hería la cabeza del Dragón con una lanza. San Jorge tenía un rostro casi infantil, y Jorge se imaginaba en su lugar, igual de valiente y esforzado. La impaciencia hizo que, sin acabar el desayuno, se pusiera un pantalón y un jersey, cogiera una cazadora y saliera de casa llevando la caja con la armadura y la espada.

—Adiós. Voy a la playa a jugar —dijo echándose a correr por la finca sin pararse a oír las repetitivas recomendaciones de su tía: que se abrigase, que tuviera cuidado con el mar, que no se ensuciase...

Al llegar a la playa, Jorge pensó que le faltaba una lanza como la que tenía el santo. Dejando la caja en el suelo, se acercó a un juncal

que crecía en el borde de la arena y tronzó un gran junco que resultaba un arma imponente, mucho más larga que alto era el propio Jorge.

Después, simulando que cabalgaba un caballo, probó a lanzar un bidón cubierto de algas y traído a la playa por el mar.

—¡Muere! —gritó como si el bidón fuese el Dragón—. ¡Princesa, no temas, que aquí estoy yo para salvarte!

Atacar un bidón resultaba poco épico, y Jorge pensó que sería mejor hacerse con un señuelo más digno. Lo que se le ocurrió fue modelar algo parecido al Dragón acumulando arena con las manos hasta hacer dos grandes montículos: uno, para la cabeza del monstruo; otro, para el cuerpo. Ambos parecían surgir del suelo, como si el Dragón emergiera de las profundidades de la tierra.

El día era ventoso; el cielo estaba encapotado; el mar, crispado, batiendo en grandes olas que dispersaban un halo de espuma cuando rompían sobre la playa; su estruendo era formidable y llegaba a ocultar los estridentes graznidos de las gaviotas.

Cuando acabó de modelar su dragón, Jorge vistió la armadura y se aplicó a simular su ataque: en esta ocasión, la lanza penetraba en los montículos de arena, y los hería y desmoronaba.

—¡Muere, monstruo! ¡Aquí estoy yo para matarte!

Jorge estaba tan enfrascado en su lucha que no reparó en que alguien se le había acercado. Así, quedó muy sorprendido cuando, por fin, se vio frente al verdadero Dragón del cuadro —grande, verde, alado, con una herida abierta en la parte alta de su hocico—, que lo miraba con recelo a una distancia prudencial.

Jorge se sintió al tiempo desconcertado y tranquilo, valiente y curioso.

—¿Por qué llevas esa armadura? —le preguntó el Dragón. Su voz sonaba aflautada, nada imponente.

—Me la ha regalado mi tío. Hoy cumplo años —respondió Jorge con entereza—. Y además es mi santo: San Jorge —añadió.

—Así que te llamas Jorge —constató el Dragón, displicente.

—Sí —respondió Jorge que, mirando impertinentemente la herida del Dragón dominado por una duda, preguntó sin ningún miedo—: ¿Esa herida te la ha hecho san Jorge?

—¡Claro! ¿Quién, si no? ¡Un abusón, un loco, un asesino!

—¡Pero sigues vivo! ¡Has escapado! —replicó Jorge con hostilidad: no le gustaban aquellos insultos a su patrón, pero le desconcertaba que el Dragón hubiera sobrevivido tras enfrentarse con

él—. En todo caso, san Jorge ha conseguido liberar a la Princesa, ¿no?
—preguntó.

El Dragón se mostró indignado.

—¿Cómo que liberar a la Princesa? ¿De quién tiene el santo ése que liberar a la Princesa? ¿De mí? Yo no tengo prisionera a la Princesa. Es ella la que viene a buscarme, la que me sujeta con una correa. Y ése es el pretexto para que ese desgraciado me ataque una y otra vez, siempre...

—¿Y nunca te mata?

El Dragón se puso a gimotear.

—¿Por qué todo el mundo quiere que el santo me mate? ¿Qué mal hice yo? ¿Sólo que soy monstruoso? ¡Qué triste vida la mía! —dijo y, sin más, se dio la vuelta y se alejó de Jorge hasta perderse de su vista. A medida que se separaba, el reguero de sangre que manaba de su herida se iba haciendo menos copioso.

Cuando el monstruo desapareció en un extremo de la playa, Jorge siguió las enormes huellas de sus garras y la traza de su sangre en la arena comprobando que, no muy lejos, desaparecía. La herida del Dragón había cicatrizado pronto.

2

De regreso a casa, Jorge se precipitó sobre la lámina enmarcada del cuadro para mirarla otra vez fijándose ahora en el Dragón y en la Princesa. Sorprendido, comprobó que era cierto que el monstruo tenía atada al cuello una correa que la Princesa sujetaba en su cintura. La Princesa parecía tranquila, nada temerosa, como si no se sintiera amenazada.

¡Qué cosa tan extraña!, pensó Jorge, y esa extrañeza le rondó toda la noche, dominando su vigilia y su sueño.

Así, a la mañana siguiente, Jorge volvió muy pronto a la playa con la esperanza de encontrarse de nuevo con el Dragón: necesitaba hablar con él y saber más cosas para entender lo que le pasaba con el santo.

Era domingo y, cuando la tía lo reclamó para acudir a la misa en la parroquia, el Dragón no había aparecido.

Jorge estuvo distraído en la iglesia y, nada más acabar la misa, regresó rápidamente a la playa sin cambiarse la ropa de fiesta.

En esta ocasión tuvo suerte: el Dragón se encontraba reposando en el arenal mirando directamente al mar rompiente.

—Era verdad lo que decías. Es la Princesa la que te sujeta — dijo Jorge, sentándose al lado del Dragón—. ¿Por qué te ataca, entonces, san Jorge? Tiene que haber una razón.

El Dragón le habló a Jorge con tristeza, sin mirarlo.

—¡Yo qué sé! Seguramente porque soy monstruoso creerá que tengo que ser un peligro —En ese momento, el Dragón se giró hacia Jorge con un súbito gesto de sorpresa—. Por cierto: ¿sabes que eres la primera persona que se me acerca, que no me rechaza? Debes de ser valiente. Todos me huyen y desean mi muerte. Tengo que ocultarme de la gente. Estoy solo ante mi desgracia... Bueno, no del todo solo. La Princesa siempre me acompaña.

—¿El santo no te ataca nunca si no estás con la Princesa?

—Nunca. Sólo nos encontramos si estamos los tres. Bueno, los cuatro, porque también está el caballo.

—¿Y cómo consigue sujetarte la Princesa? ¿Tiene más fuerza que tú para obligarte?

—Su fuerza es su cariño. Yo no me enfrento a ella. ¡Tú no sabes lo dura que es la soledad! Ella es la única mujer que me habla, que me canta, que me toca. Su compañía me consuela, aunque también me conduce a la herida. He pensado muchas veces en no dejarme seducir por su dulce voz, por su figura, pero, cuando la veo, no puedo evitar acercarme, dejar que me ate con la correa y que me lleve al encuentro del santo mientras me canta una canción.

—¡Qué tontería!

En ese momento, de la parte de la casa llegó la alarmada voz de la tía de Jorge.

—¡Jorgito! ¿Dónde estás? ¡Ven! ¡Eres malo! ¿Cómo te has marchado sin permiso? ¡Ven!

El Dragón se revolvió, asustado, incorporándose y desplegando sus alas como si quisiera tenerlas preparadas por si súbitamente necesitaba huir.

—¡Es mi tía! Me caerá una bronca por estar aquí con la ropa de domingo —dijo Jorge, también levantándose.

—Pues no vayas, ¡huye! —sugirió el Dragón, empezando a alejarse.

—No puedo. Vivo con ella. Me acoge —le respondió Jorge.

El Dragón hizo un gesto indescifrable con sus fauces monstruosas.

—¡Y tú dices que mi apego por la Princesa es una tontería! — dijo con un tono despectivo—. ¡Habrás visto!

—Espérame. Voy a cambiarme y no tardaré en volver —le pidió Jorge, pero el Dragón no le hizo caso.

—Yo me marchó. No quiero ver a nadie y, además, tengo frío.

Finalmente, el monstruo se perdió en el horizonte con el vuelo torpe y deslucido que le permitían sus alas membranosas, y Jorge se dirigió pensativo hacia su casa.

3

El lunes, Jorge también estuvo distraído en el Colegio. La maestra puso unas cuentas fáciles y Jorge se equivocó en todas. Como solía hacer bien los cálculos, la maestra se enfadó mucho con él.

—Si no pones atención, no tienes excusa —le dijo, y lo castigó sin recreo.

Cuando se quedó solo en la clase, Jorge reposó la cabeza en el pupitre y se adormiló. Aquella noche había tardado en dormirse y después, soñando con que atacaba al Dragón una y otra vez sin llegar nunca a matarlo, se había despertado con agitación, cansado.

El ruido de una silla arrastrada por el suelo lo despertó. Lo había producido Ana, una niña feúcha, con gafas y un corrector dental de alambre. Acababa de sentarse girando la silla de su pupitre para ver bien a Jorge.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó él de forma desagradable.

—Hacerte compañía —respondió ella.

—No necesito compañía.

Ana no se dio por aludida por ese comentario.

—A ti te preocupa algo porque no es normal que falles en multiplicaciones y divisiones. Tú haces muy bien las cuentas.

—¿Y qué?

—A lo mejor puedo ayudarte.

—¡Tonta! Tú no puedes ayudarme. No me vales para nada. ¡Déjame en paz!

—¡Prueba! —dijo Ana, al tiempo ofendida y desafiante—. ¿Qué te apuestas a que hago bien cualquier cosa que me encargues?

Jorge sabía que la familia de Ana tenía dinero. Su madre era farmacéutica y su padre dentista. Quizá pudiera sacarle unas monedas con las que comprar cuentos o golosinas.

—Cien pesetas a que no consigues una lámina de san Jorge a caballo atacando a un Dragón al que una Princesa tiene atado con una correa.

—Vale.

El timbre del patio sonó y en unos instantes se oyeron carreras desbocadas de niños y severos gritos de celadores por los pasillos del colegio.

4

Al día siguiente, cuando el autobús en que viajaba Jorge llegó al colegio, Ana estaba apostada a la entrada con un gran libro de maestros de la pintura protegido contra su pecho.

—¡Aquí está el cuadro! —le dijo a Jorge, enseñándole una tira de papel que sobresalía del canto superior del libro.

Jorge se lo arrebató y lo abrió por donde señalaba el marca páginas.

El cuadro era, efectivamente, el que le había regalado su tío.

—Lo pintó un pintor italiano —dijo Ana, muy segura—. Se llamaba Paolo Uccello. Uccello quiere decir pájaro. Vivió hace muchos años. Más de quinientos. Me lo dijo mi padre. Le gusta mucho la pintura.

Jorge leyó en el pie de la lámina una fecha: 1456.

—No tengo cien pesetas para pagarte —aprovechó para decirle a Ana sin dejar de mirar el cuadro.

—Te las perdono por que seas mi amigo —respondió Ana.

Jorge elevó los ojos: Ana lo miraba con toda la penetración que le permitían los gruesos cristales de sus gafas. Era, realmente, una niña fea. ¡Cuántas bromas de los otros chavales iba a tener que aguantar Jorge cuando los vieran juntos!

—Bueno, pero me llevo el libro prestado.

—Vale, pero antes me tienes que decir por qué te interesa ese cuadro.

Jorge sonrió maliciosamente a Ana y, susurrándole al oído, dijo:

—Porque me encuentro muchas veces en la playa de Soesto con este Dragón.

—¿Puedo ir contigo un día para verlo?

—No. No le gusta la gente.

5

En casa, Jorge colocó juntos la lámina que le regaló su padrino y el libro prestado por Ana. La lámina no tenía ninguna indicación de autor, fecha o título, pero el libro sí: el cuadro que ambos reproducían estaba en Londres aunque se había pintado en Italia.

¡Y ya hacía más de quinientos años! ¡Cinco siglos! ¡Medio milenio!

¿Cómo era posible que en tanto tiempo san Jorge, un héroe, *su héroe*, no hubiera conseguido matar al Dragón? Habrían tenido que encontrarse miles de veces... y en todas el santo había fallado. ¡Parecía imposible! Tenía que haber algo extraño, ¡un misterio!, y Jorge quería descubrirlo.

Corroído por la curiosidad, trazó un plan: el fin de semana iba a aguardar oculto en la playa todo el tiempo que hiciera falta hasta que apareciera el Dragón con la cabeza intacta, y lo seguiría: si no estaba herido, tendría que ir en busca del santo, y Jorge llegaría a ver con sus propios ojos qué pasaba de verdad cuando los dos se encontraban.

Así, el sábado muy de mañana Jorge se apostó tras una pequeña duna y esperó. Ya casi era primavera, pero el día parecía invernal: frío, neblinoso, con gotas de agua en suspensión que lo empapaban todo. Lo único bueno de aquel clima asqueroso era que exigía vestir un chubasquero con capucha que ponía más fácil ocultarse.

Jorge esperó y esperó, mojado, frío y aburrido, pero no hubo rastro del Dragón.

Cuando ya casi estaba a punto de desistir y volver a casa a que su tía le diera leche caliente y galletas, divisó a lo lejos la figura liviana y rígida de una extraña mujer que avanzaba hacia el acantilado rocoso en el que moría la playa. Llevaba un vestido verde, con capa y sobrefalda rojas que se inflaban a causa de la brisa. Gracias a aquella ropa extravagante, Jorge reconoció a la Princesa del cuadro e, impulsado por una intuición, avanzó a gachas tras ella como si acechase a un enemigo.

Seguida por Jorge, la Princesa llegó a las rocas y se internó en una angosta gruta que, atravesando el acantilado, concluía en un paisaje gris, rocoso, interior.

¡Y allí estaba el Dragón!

Jorge se sintió muy excitado al descubrirlo reposando adormilado sobre un suelo de rala vegetación.

Ocultándose tras unos árboles, Jorge observó cómo la Princesa se acercaba al monstruo y lo despertaba.

—Vamos, es la hora —dijo con una voz dulcísima.

El Dragón giró la cabeza y, como si lo impulsase un automatismo defensivo, se levantó de un salto y desplegó sus alas.

—¡No quiero ir! —gimió, alarmado—. ¡Ya estoy harto de dejarme torturar! No quiero ir... No voy a ir...

—Vamos, no seas caprichoso. Es sólo un pinchazo, como los que les hacen a los niños para ponerles vacunas; una sangría que hace salir sangre mala, que sobra. Una cura...

—A mí el santo quiere matarme, no curarme. ¡Me odia! —protestaba el Dragón, sollozando—. ¡Me hiere con una lanza!

—Venga. Sé bueno. Si me dejas atarte, te canto tu canción —replicaba la Princesa desenrollando la larga correa que ceñía su cintura. Se expresaba con un tono rutinario, frío, en el que Jorge no percibía ningún cariño hacia el Dragón: sólo la correcta atención que una profesional —una maestra o una enfermera— dispensaría a un niño cualquiera que estuviese a su cuidado.

A pesar de que la Princesa empezó a atarle la correa al cuello, el Dragón no se movió en absoluto, dócil y entregado.

—Recién el cielo se hiere

Viene la luna a curarlo,

Que bien le quiere —cantó ella al acabar su tarea y, sin vacilación alguna, se puso a andar rodeando una montaña de roca agrisada sin dejar ni un momento de entonar con un fraseo mecánico:

—Cada vez que mi cielo es herido

Tan cruelmente por el santo

Llamo a la luna con mi llanto

Para que cure el cuerpo de mi niño querido.

El Dragón la seguía con docilidad, sollozando cada vez con menos fuerza.

Al dejar atrás la montaña rocosa, Jorge divisó a san Jorge al fondo de una llanura de prados. Cabalgaba su caballo blanco, que fijaba la mirada en el Dragón y se dirigía hacia él al galope.

Entonces los acontecimientos se precipitaron, y Jorge pudo observarlo todo oculto tras una pequeña roca. Incoherentemente, el Dragón adelantaba a la Princesa, como si quisiera defenderla del inminente ataque del caballero; la Princesa permanecía impávida, sin ningún gesto de tensión o inquietud; el caballo se encrespaba al

frenarse su galope cuando el santo embestía al Dragón; el santo se aplicaba a castigar al monstruo con su lanza, hiriéndole en la cabeza; el Dragón emitía un rugido de dolor, desplegaba sus alas y un chorro de su sangre caía en el suelo.

Lo más sorprendente fue que durante unos instantes todos los personajes permanecieron inmóviles en las actitudes que reflejaba el cuadro: desde la posición lateral que ocupaba, Jorge imaginó todo aquello visto de frente, y comprendió que sería exactamente lo que Uccello había pintado.

Sin embargo, de repente volvió el movimiento, y el Dragón, más ágil que el santo, se zafaba de la presión de la lanza y echaba a correr con tal fuerza que, desequilibrando primero a la Princesa al arrastrarla con la correa, acababa por deshacer el nudo de su cuello y huía libremente, perdiéndose en el horizonte.

El caballo de san Jorge apoyaba sus cuatro patas en el suelo y, cuando el santo lo descabalgaba, piafaba y relinchaba con fuerza y se echaba a correr hacia las montañas.

San Jorge, superado por las circunstancias, se acercaba a la Princesa haciéndole una respetuosa inclinación de cabeza.

—*¿Se encuentra bien?* —le preguntaba.

La Princesa respondía sin ninguna inflexión afectuosa:

—*Sí: claro que me encuentro bien.*

Los dos permanecían en silencio, uno frente al otro, mirándose. La Princesa aprovechaba para recoger la correa caída y enrollarla de nuevo a su cintura. Por fin, con un tono irritado, acababa por dirigirse al santo, que seguía paralizado y enmudecido.

—*Su rocín huye hacia el horizonte* —le decía—. *Es imprescindible que lo recupere. Si no, el cuadro que nos da vida no podrá repetirse más. Puede irse. ¡Debe irse!*

El santo la saludaba con una genuflexión que hacía chirriar el metal de sus protecciones mientras la Princesa le daba la espalda y se alejaba en silencio, y después él quedaba inmóvil, realmente confundido.

Cuando la Princesa ya había desaparecido al adentrarse en la cueva ante la que tenía lugar el desigual encuentro del cuadro, Jorge salió de detrás de la roca que lo ocultaba y, cautelosamente, se acercó al santo.

—*¿Quién eres tú?* —le preguntó éste al verlo. Su actitud era recelosa.

—Jorge.

—Te llamas como yo —dijo con más confianza.

—Es que usted es un santo, y hay personas, ¡cantidad de personas! —enfaticó— que llevan su nombre. ¡Es usted quien nos ha dado su nombre! Es famoso por su valor, y por haber liberado a la Princesa del Dragón.

—¡Qué cosa! —dijo san Jorge, muy abatido.

Jorge ya estaba a su lado. Admiraba el brillo metálico de su armadura, la consistencia de la lanza que mantenía erguida y a lo largo de la cual se deslizaban regueros de sangre monstruosa que nacían de su afilada e incisiva punta.

—Porque usted acaba matando al Dragón, ¿no? —preguntó Jorge, cohibido.

San Jorge lo miró con una expresión de gran tristeza.

—Llevo años y años intentándolo sin conseguirlo. Me siento fuerte, sé que puedo hacerlo, pero cuando consigo herirlo con mi lanza algo me detiene, me paraliza, y él consigue zafarse de mi presión y huir.

El santo calló de nuevo y, poco después, disimuló un sollozo.

—Es humillante, indigno, porque, además, la Princesa está presente. ¿Qué pensará de mí? ¡Un inútil! ¡Soy un inútil! —dijo y, como si no reparase en Jorge, se dio la vuelta y se alejó por la pradera que acababa en las montañas.

Jorge no se atrevió a seguirlo ni a decirle nada. Estaba confundido y decepcionado, y sentía hambre y frío.

¿Cómo volver a casa?, se preguntó.

Dudando, decidió deshacer el camino que lo había llevado hasta allí y, efectivamente, acabó encontrando la gruta en el acantilado rocoso que lo devolvió a la playa de Soesto.

Allí seguía lloviznando y haciendo mucho frío.

6

¿Por quién tomar partido?, se preguntó Jorge obsesivamente en los días siguientes. De forma confusa, aquel interrogante le recordaba otro que, cuando aún vivían sus padres, le planteaban sus tíos siempre que lo visitaban en la ciudad: “¿a quién quieres más, a papá o a mamá?”, preguntaban con una voz exageradamente aflautada, como si los interrogadores quisieran regresar a una edad tan infantil como la del interrogado.

Ahora, Jorge sentía que san Jorge le había decepcionado, pero era su patrón; el Dragón era inocente y víctima, pero el prestigio del nombre de Jorge dependía de una leyenda en la que tal monstruo tenía que morir. Era un nuevo dilema que le afectaba personalmente: ¿por cuál de esos seres debía tomar partido?

La cuestión no era meramente teórica: Jorge se encontraba con frecuencia con el santo y con el Dragón, y ellos lo interpelaban con su presencia.

El Dragón resultaba repulsivo y molesto: siempre quejándose, con miedo a ser herido, reclamando ayuda con recursos infantiles y transfiriéndole a Jorge toda la responsabilidad de la superación de su dolor.

—¡Tienes que ayudarme! —le suplicaba—. Si eres bueno, tienes que librarme del santo, hacer que ese descerebrado me deje en paz. ¡Soy víctima de una injusticia! ¡Tu obligación es liberar a una víctima!

Eso lo decía una y otra vez, con un aliento apestoso y una voz aflautada, y si Jorge le recordaba que él mismo podía librarse de su tortura rechazando su encuentro con la Princesa, el monstruo se indignaba.

—¡Qué fácil es hablar! ¡Como si uno pudiera renunciar así como así al cariño!

San Jorge, en cambio, tenía una actitud práctica: él sentía que su arrojo y decisión para matar al Dragón eran firmes, pero una fuerza superior a él frenaba el embate final, la incisión definitiva que debería de acabar con aquel monstruo.

—Es algo que no puedo evitar: aunque causo una herida, el daño no es suficiente para que todo acabe de una vez.

—Podría utilizar armas modernas. Ahora hay rifles, pistolas que son muy efectivas —le sugirió Jorge.

San Jorge le pidió que le explicara cómo funcionaban esas armas y, al informarse, rechazó su uso.

—No sería digno. Ahí no hay encuentro personal, batalla leal. Yo no asumiría ningún riesgo. Sería una simple matanza. Nada caballeroso —dijo escandalizado—. ¡El mundo va a peor! ¡Qué manera más horrible de entender el progreso!

Manteniendo un gesto orgulloso, se separó de Jorge perdiéndose en un extremo de la playa. Su armadura crujía, pero resplandecía con un brillo tan hermoso que Jorge decidió entregarse a

ayudarlo. No había duda: se debía a su patrón. Aquel era un ser de su especie, un héroe, valiente y digno. Quizá no actuase con justicia o con inteligencia. No quedaba muy claro por qué tenía que matar a un bicho que en realidad no hacía mal a la Princesa a la que el santo quería liberar, pero esa era una cuestión secundaria. En la guerra se mata a muchas personas buenas y hermosas simplemente porque son enemigos, porque están en el otro bando...

7

Jorge se concentró en buscar alguna solución para ayudar a su patrón. Las condiciones estaban claras: San Jorge tendría que matar al Dragón con su lanza, de forma caballerosa, y lo que había que conseguir era que, hasta donde no llegara su fuerza, llegara otra cosa.

¡Y la mejor alternativa era el veneno!

Jorge había visto en la televisión cómo aborígenes amazónicos impregnaban con ciertas sustancias la punta de sus lanzas o jabalinas, y que, al arrojárselas a sus presas, acababan con su vida en poco tiempo: las heridas que les causaban no eran mortales, pero sí el veneno que se mezclaba con la sangre de las víctimas.

¡Era una solución perfecta! “*Caballerosa y eficaz*”, que diría san Jorge.

El problema era cómo conseguir el veneno.

Paseando por la playa en una tarde ya cálida del inicio de la primavera, oyendo voces de niñas que jugaban cerca de la orilla, Jorge pensó en Ana: su madre era farmacéutica. Seguro que en la farmacia habría todo tipo de venenos y, si Ana era tan espabilada para los recados como le había demostrado con el cuadro, a lo mejor conseguía que la madre le diera una pequeña cantidad para que Jorge pudiera usarla.

Al día siguiente en el recreo del colegio, Jorge se acercó a Ana.

—Tengo que hablar contigo.

En un extremo del patio, observados con una hilaridad distraída por los otros niños, Jorge le explicó a Ana lo que necesitaba, cómo el prestigio de un santo dependía de la ayuda que ahora él le pedía a ella.

—He visto en la televisión a tribus que matan a sus presas poniendo veneno en las lanzas y flechas que les disparan.

—Esas tribus usan *curare*, que más bien paraliza —dijo Ana, con una seguridad absoluta y repelente—. Después los cazadores se acercan a las presas y las rematan.

—En este caso el veneno tiene que matar —comentó Jorge, preocupado—. San Jorge no puede encontrarse con el Dragón de cualquier manera. Sólo cuando está con la Princesa, como aparece en el cuadro, andando y erguido... ¿Entiendes?

—Ya —dijo Ana con comprensión—. Entonces tiene que ser un veneno fuerte. Veré qué puedo hacer —Calló un momento, reflexionando, y después añadió con preocupación—. Mi madre no me lo daría aunque le explicase todo esto. No me creería, y temería que pudiera hacerme daño —Volvió a callar mirando a Jorge a través de sus gafas de gruesos cristales—. Tendré que robarlo —añadió, por fin—. Pero antes tengo que conseguir que mi madre me diga cuál es el veneno más fuerte. Venenos hay muchos, pero éste tiene que matar con una dosis pequeña que entre en la sangre del monstruo, como lo hacen los de las serpientes.

Jorge miró a Ana y ella le sostuvo la mirada.

Realmente aquella niña era tan lista como fea. Mantenía los labios entreabiertos a causa del alambre corrector dental, y esa línea metálica le daba al conjunto de su rostro un aire siniestro que en ese momento resultaba tranquilizador.

—Pero antes tengo que ver al Dragón —dijo.

—¡Eso es imposible! El Dragón no quiere ver gente.

—Te ve a ti.

—Porque nos hemos hecho amigos.

—Yo puedo hacerme su amiga.

—Pero no quiero yo. El Dragón sólo será mi amigo.

Ana permaneció un momento callada, sin disimular su contrariedad.

—Entonces, si consigo el veneno, tú tienes que ser mi novio —exigió, por fin.

—Vale —respondió Jorge sin titubear.

Jorge esperó ansioso todo un fin de semana hasta encontrarse de nuevo con Ana en el colegio.

—Te espíe y vi cómo te reunías con el Dragón en la playa —le dijo ella nada más verlo—. Quería asegurarme de que no me tomabas el pelo. Es un bicho feísimo —añadió.

Jorge la miró con ira.

—¡Fisgona! —exclamó, pero, acto seguido, moduló el tono con que se dirigía a ella—. Al menos ¿tienes lo que te pedí?

—Sí, pero tienes que venir a recogerlo a mi casa —respondió Ana, de nuevo de forma exigente.

—¿Cuándo?

—Por la tarde, al salir del colegio.

—Pero perderé el bus.

—¿Y a mí qué me cuentas? —le replicó Ana, colocándose con un movimiento desairado en la cola que se formaba para entrar en las clases.

Jorge comprendió que estaba obligado a cumplir con la exigencia de Ana: perdería el autobús y tendría que volver andando a casa —una hora de caminata y, al llegar, una bronca de su tía—, pero ningún inconveniente podía compararse con el hecho de que Ana hubiese conseguido veneno.

¿Sería realmente así o sólo era una treta que ella usaba para retenerlo?

Jorge convivió con esa duda toda la jornada hasta que por la tarde acompañó a Ana a su casa.

—¿Y qué veneno conseguiste? —le preguntó, desconfiado.

—Cianuro. Ahora ya no se usa en farmacia, pero la farmacia de mi madre es muy vieja. Ya era de su abuelo. Entonces hacían mezclas medicinales. Les llamaban *preparados*. Tienen frascos de loza con productos viejos.

—¿Cómo hiciste?

—Primero hablé con mis padres preguntándoles por los venenos. Se me ocurrió una forma para tirarles de la lengua. *Mamá. Estoy pensando una cosa*, le dije a ella mientras preparaba la cena y mi padre veía el telediario. *Supón que un hombre se mata. Toma un veneno. El veneno más fuerte que pueda haber. ¿Dime cuál es?* Ella estaba confundida. *El cianuro* dijo. *Pero, ¿por qué piensas en eso?* me preguntó. Y yo seguí con una cosa que sabía la iba a desconcertar.

Pues porque si ese hombre se mata, y eso es pecado, el hombre irá al infierno. Y cuando ese hombre nació, Dios, que lo ve todo, el pasado y el futuro, ya sabía que se iba a matar. Dios lo dejó nacer sabiendo que iba a condenarse en el infierno, ¿no? Entonces Dios no es bueno. Si lo sabe todo, es malo. Sólo puede ser bueno si no lo sabe todo, y si no lo sabe todo, no es Dios. ¿No? Mi madre va mucho a la iglesia y se preocupó por mi duda. Mi padre no, y le hizo gracia. En todo caso, los dos se olvidaron de que yo había hablado de venenos.

Jorge calló, desconcertado por tal despliegue de astucia.

—Por la noche, localicé en la rebotica el tarro con el cianuro y llené un frasco pequeño con él.

Al llegar a la casa de Ana entraron por la farmacia: las paredes cubiertas por estantes de madera pintados de blanco; muchísimos frascos cerámicos con rótulos en latín y decoraciones florales; un mostrador muy fino de reja de hierro repujado y plateado; una mesa de madera taraceada.

La madre estaba en la rebotica donde había balanzas de precisión y un microscopio sobre una gran mesa central con cubierta de mármol.

—Hola, Nena. ¿Quién es este chico tan guapo? —preguntó la madre.

Ana le dio una breve explicación y se llevó rápidamente a Jorge hacia su habitación.

—En la cocina tienes la merienda, y dile a Carmen que prepare otra para tu amigo —dijo la madre en voz alta al salir de la rebotica para atender a un cliente.

Jorge no se fijó para nada en la magnificencia de aquella casa, en lo comfortable que era la habitación de Ana.

—¿Dónde está el cianuro? —preguntó nada más ella cerrar la puerta y quedar solos.

Ana rebuscó en un cofre, oculto por una ingente cantidad de muñecas y peluches, hasta coger un frasquito de vidrio.

—Aquí lo tienes —dijo.

Jorge cogió el frasco, que era minúsculo.

—¡Aquí no hay casi nada! —protestó, decepcionado: el recipiente ni siquiera estaba totalmente lleno.

—Lo que hay ahí es suficiente para matar a un elefante —replicó Ana—. Tú y san Jorge tenéis que tener mucho cuidado al

embadurnar la punta de la lanza con el veneno. No puede tocar vuestra piel, ni podéis aspirar nada de nada por la nariz. Podría mataros.

—¿Seguro que esto puede matar a un bicho tan grande como el Dragón?

—Seguro —dijo Ana. Mientras Jorge miraba aún con incredulidad el frasco, ella se le acercó—. Ahora eres mi novio. Dame un beso.

Había cerrado los ojos y había compuesto los labios para ser besada.

Jorge la miró con rechazo.

—Seré tu novio si esto mata al Dragón —replicó y, sin besar a Ana, salió de su cuarto.

Ella no reaccionó, y Jorge, ocultando el frasco en un bolsillo del pantalón, salió por la puerta de la casa que llevaba a la calle sin pasar por la farmacia.

9

Al día siguiente, Jorge se hizo el enfermo. La debilidad de carácter de su tía tenía esas ventajas: después de perder los nervios, el remordimiento la hacía ser condescendiente. El enfado histérico de anochecida que le había causado el retraso de Jorge al venir andando del colegio, por la mañana dio lugar a una espléndida reconciliación: Jorge sólo tuvo que alegar que le dolía la cabeza para que la tía lo dejase quedar en cama.

En cuanto la oyó salir para hacer la compra en el ultramarinos del lugar, él se levantó, se vistió y corrió hacia la playa en busca de san Jorge. Llevaba el frasco de veneno con el cuidado con que lo haría si fuese un tesoro. En la playa, temió encontrarse con el Dragón y, vigilante, se encaminó hacia el acantilado que le había conducido al paisaje de prados y montañas del cuadro.

Afortunadamente, no tropezó con el rastro del monstruo pero sí con el del santo. En concreto, Jorge asistió al momento en que san Jorge, aprovechando que su caballo comía hierba, se acercaba a él y recuperaba las riendas de la montura.

—¡San Jorge! ¡Traigo la solución para acabar con el Dragón! —gritó Jorge, excitadísimo, corriendo hacia su patrón.

Cuando le dio el frasco, Jorge explicó sus poderes y cómo había que proceder para el caso mientras san Jorge observaba con

desconfianza aquel minúsculo recipiente de vidrio medio lleno de un líquido oscuro.

—Hay que tener mucho cuidado al aplicarlo a la lanza. No se puede tocar con la piel, ni aspirar sus efluvios. Eso puede ser mortal.

—Yo llevo una armadura que cubre toda mi piel y no sé qué es eso de *aspirar efluvios* —replicó el santo, abriendo el frasco y, mientras extendía el líquido en la punta de su lanza, añadió con displicencia—: No confío nada en todo esto, pero no es deshonroso probar.

De repente, el caballo relinchó.

—¡Ya toca otro combate! —dijo san Jorge, ahora realmente excitado, tras lo cual arrojó lejos de sí el frasco vacío y montó en el caballo.

Al instante, éste se puso a galopar velozmente por la pradera. Jorge quedó solo e inmóvil, sin posibilidad de seguirlos.

10

El resto de la mañana, Jorge oteó la playa desde casa, en la que tenía que permanecer ya que si estaba allí, y no en el colegio, era para recuperarse de intensos dolores de cabeza. La inquietud que le causaba la curiosidad no le dejaba concentrarse en nada. ¿Habría funcionado el veneno? ¿Por fin habría muerto el Dragón?, se preguntaba una y otra vez, pero no tenía forma de averiguarlo.

Por la tarde, como ya podía decir que había mejorado, salió a dar un paseo por la playa, pero no encontró a san Jorge.

¡Tampoco al Dragón, y eso le llenaba de la esperanza de que, en efecto, ya hubiese muerto!

El día siguiente, asistir al colegio fue una tortura.

—¿Tu amigo ya usó lo que te di? —le preguntó Ana en el recreo, y su tono estaba a medio camino entre el reproche y la súplica—. ¿Funcionó?

—Lo usó pero aún no he podido verlo, así que no sé nada. ¡Anda! ¡Déjame en paz! Ya te diré cómo fue todo cuando lo sepa —respondió Jorge, malhumorado, mezclándose con otros niños en el confuso partido de fútbol que se comenzaba a jugar en el patio.

Por la tarde, cuando volvió a casa, dejó las cosas y fue directamente a la playa. El atardecer era limpio y el sol poniente teñía de un rojo intenso el cielo y el mar, pero Jorge sólo estaba pendiente de encontrar algún indicio que le permitiera salir de su incertidumbre.

Y, lamentablemente, eso sucedió cuando vio a lo lejos cómo el Dragón se posaba en la arena tras un vuelo torpe y poco elegante. ¡El monstruo seguía vivo!

Jorge corrió hacia las dunas que separaban su casa de la playa para ocultarse. Desde allí, tumbado para hacerse invisible, observó un rato al Dragón, que se había acomodado en el arenal y miraba de frente al horizonte, donde el cielo enrojecido iba perdiendo poco a poco luminosidad.

Su plan para ayudar a san Jorge había fracasado, pensó Jorge. ¡Qué vergüenza iba a sentir cuando volviera a encontrarse con el santo!

Y tal encuentro no se demoró nada.

Aquella misma noche, cuando Jorge ya estaba dormido, un estrépito metálico lo despertó. Al abrir los ojos, en medio de la penumbra vislumbró que alguien se encontraba a los pies de su cama. Aunque estaba convencido de que era san Jorge, encendió la luz de la mesilla. Entonces pudo ver el rostro infantil del santo lleno de ira y despecho, y sus ojos mirándolo.

—¿Por qué me has humillado así? —preguntó—. ¡Qué tonto soy! ¡Cómo me dejé engañar! ¿Ya les dijiste a todos los otros *jorges* del mundo lo estúpido que es su patrón?

—Yo no le he engañado. Usted no es estúpido, es un héroe. Yo sólo quería ayudarle.

—¡Ayudarme! ¡Con potingues y tonterías! —San Jorge calló y la expresión de su rostro abandonó el enfado para entregarse a la tristeza—. En realidad la culpa es mía. ¿Cómo pude aceptar un subterfugio para cumplir con mi deber? Soy débil, corrupto. Tú no eres más que un instrumento para que mi impureza se muestre, y domine. ¡Una tentación! ¡Eres un instrumento del demonio! Todos los santos han tenido que vencer tentaciones, y yo caí en la que me proponías. ¡No sucederá más! Aléjate de mí. ¡Te rechazo! No quiero tu ayuda. No eres mi amigo. Voy a conseguir matar al Dragón por mis propios medios, sin trampas ni recursos deshonorosos. Olvídame...

Tras decir eso, san Jorge le dio la espalda a Jorge y salió de su habitación acompañado del estrépito que producían sus movimientos en su armadura. Jorge temió que aquello pudiera despertar a su tía, pero cuando el santo salió de casa y regresó el silencio, todo seguía en calma.

Jorge se arrebujó en la cama, triste y solo. No apagó aún la lámpara de la mesilla y, con la mirada perdida en el techo de la habitación, pensó que, de su aventura con los personajes del cuadro, sólo le quedaba la amistad de un Dragón pesadísimo y el amor de una niña fea al que, por lo menos, no sentía obligación de corresponder.